

Un ramo de amapolas

En el jardín del olvido florecen los recuerdos del alma

¿Pero qué estará pasando aquí!? ¡Todo el mundo ha desaparecido! He ido a la ciudad a vender los encargos que tenía de una dote, unas sábanas y un par de abrigos y, al volver, no veo a nadie por el pueblo. Chica, no sé, cuando me fui estaba todo el mundo y ahora es como si hubiese pasado un huracán y se los hubiese llevado a todos. Mira, que yo me voy corriendo a mi casa y que me expliquen. Y veo las calles raras. ¿Dónde está la tierra? ¿Cómo van a haber *asfaltao* la calle en un rato? El caso es que la plaza está igual. Tan lustrosa, con esas piedras de los soportales que brillan que parecen espejos recién *pulidicos*. Pero está muy solitaria, y a estas horas siempre está que no cabe un garbanzo. En fin, que yo voy a mi casa, y que me diga mi familia qué ha pasado. Anda, ya está ahí. ¡Gracias a Dios! Que una ya se está poniendo nerviosa, eh. Ahora no abre mi llave. ¿Será posible? Voy a probar otra vez. Nada, que no. O han cambiado la puerta o qué sé yo. ¡Madre, madre! ¡Abre, que soy yo! Esta mujer está sorda, con los trastazos que estoy pegando y no se entera. ¡Padre! ¡Ábrame usted! ¡Manolito! ¡Pepe! ¡Casilda! Ay madre, qué ansias, que de las voces que pego me tienen que oír hasta en otros pueblos. Que no, que aquí no hay nadie. Ni mis padres, ni mis hermanos, ni nadie. No se oye ni un ruido. ¿¡Dónde habrán ido con las horas que son!>? Que el sol está cayendo, míralo cómo se esconde por detrás del monte.

Señora, ¿a quién busca usted?, me pregunta una mujer. A esta no la conozco yo. Ella es muy vieja, y yo aún una niña. Debe ser por eso. O lo mismo es una forastera. Buenas tardes, señora. Nada, nada, no se preocupe, que la cerradura se ha debido romper y no me abre. Pero enseguida vendrá mi familia. ¿Qué familia?, ¿la de esta casa?, me dice. Me dan ganas de soltarle: ¡toma, no! ¡Estoy yo aquí plantada en la puerta porque me gusta! Sí señora, la mía. Pero que no se preocupe usted, que están ya al caer. Que a veces es que se entretienen en la huerta. ¡Jesús bendito, me mira como si yo fuera un demonio! Se va sin despedirse, pues ande usted con Dios.

Claro, la huerta. Allí estarán. Estos se han quedado a darle de comer y beber allí a las bestias. Ya está. Y estarán cogiendo los tomates, que ya los tenemos bien maduros. Mira, que me voy a la huerta y los pillo allí o de camino. El aire baja fresco de la sierra, una chaqueta no me sobra, no. Pero qué aire más puro, de los que se lleva a los malos espíritus. Cómo está el campo, ¡qué de amapolas y margaritas! Y la hierba, ¡qué alta está! ¡Venga, sí, que voy a coger un manojo de amapolas! Que a mi madre le gusta cuando le regalo unas cuantas. Oye, y ni un labrador vuelve a su casa, y es raro, que la luna, aunque floja, ya asoma. Ahí aparece la alberca, a lo lejos. Pero, ¿y la casucha de la huerta? ¡No está! Me subo la falda y aprieto el paso. Ay Señor, ¿y si se ha derrumbado y me ha matado a todos? Algunos cardos me pinchan las piernas, pero no estoy yo ahora para quejarme. Me tendría que haber puesto las alpargatas, que estos zapatos que llevo van a acabar destrozados. ¡No está! ¡La

casucha de la huerta no está! Solo hay cuatro piedras tiradas por ahí. La alberca sí, esa sí, ¡pero está vacía! Y, ahora, ¿qué hago yo? Que estoy aquí, solica, en mitad del campo. La noche se me echa encima. Tiritando estoy. Mira, yo me voy a mi casa. Ya aparecerá alguien. Y, si no, voy a la de alguna vecina. O a la de alguna de mis tías y que me den amparo hasta que aparezcan mis padres y mis hermanos. Ando más lenta, que por ir rápido antes, ahora estoy llena de arañazos. Y diría que me he caído, porque tengo el vestido muy manchado, pero no me acuerdo yo de eso. Vuelvo a estar delante de mi puerta. Pruebo las llaves otra vez. No puedo ni girar la cerradura. Ahora que me fijo, las ventanas de abajo están rotas. ¡Trae que me asome! No puede ser. Solo queda el suelo. Y la mitad de algunas paredes. Al fondo se ven tirados los azulejos de mi cocina que forman una montaña. Quien sea ha venido, se ha llevado a mi familia y ha destrozado mi casa. Pero, ¿qué estará pasando aquí? Me siento en el bordillo. Cada vez tengo más frío. Me están cayendo algunas lágrimas. Esta mañana estaba tan tranquila. Mi madre, mi hermana y yo nos pusimos a barrer y fregar, y mi padre y mis hermanos, antes de irse al campo, estaban jalbegando la fachada. Y, ahora, estoy sola. Sin saber dónde están. Con mi casa derruida y la puerta que no me deja pasar.

Señora, buenas noches, me saluda un hombre. Es viejo, como la mujer que me encontré antes. Su cara sí que me resulta cercana. Buenas noches, le contesto. Giro la cara, que no me vea que lloro. ¿Qué haces tú por aquí, Luisa? Me llama por mi nombre. Si sabía yo que de algo lo conozco. He venido a mi casa, que he estado todo el día fuera, en la ciudad, entregando encargos. Pero no hay nadie de mi familia. ¿No sabrá usted dónde se encuentran? El hombre se me acerca. Sonríe. Con esos ojos verdes he estado en alguna ocasión. Yo soy familia tuya, Luisa. Soy tu primo Anselmo. Si te parece, vente a mi casa, que te van a recoger allí. Perdona usted, pero no puede ser mi primo Anselmo. Él es un niño, como yo. Nos llevamos muy poco. ¿Cómo va a ser Anselmo un viejo?, le pregunto. Mira, tú levántate, vamos a mi casa, que es la de tu tía Carmen, y de camino te lo explico.

No es que esté yo muy convencida, pero a ver qué otra cosa puedo hacer. Y seguro que mi tía Carmen me da una naranja. O unos tostones, ¡que los que ella hace saben a gloria!

Pasamos por la plaza. Ahora está oscura. Sigue vacía. Pronto el sereno dirá la hora y si viene tormenta o no. Que esta época engaña. Por el día tienes un sol de espanto y, al caer la noche, los truenos hacen retumbar las paredes. Veo pocas lámparas de aceite encendidas. La gente se ha ido muy pronto a la cama hoy, ¿no? ¡Qué ganas tengo de estar con mi familia y meterme en mi cama, con todos mis hermanos alrededor contando gracias hasta que nos quedamos fritos!

El que dice ser Anselmo abre su casa. Anda, pues sí, parece ser la de mi tía. Pero qué cambiada está, pienso para mis adentros. Las habitaciones siguen estando en su sitio. Pero no está la chimenea. Ni la cocina de carbón. Ni los visillos de mi tía. Y las camas con el cabecero dorado de la planta baja, donde dormían algunos de mis primos, han desaparecido. Y mi tía. ¿Dónde está la tía Carmen? Anselmo me ha oído. Me aprieta la mano. Mira esa foto de ahí, Luisa. Ahí tienes a la tía Carmen y al

tío Alejo en el día de su boda. Estaban guapos, ¿a qué sí? Me fijo en la foto. Así, jóvenes, es como yo los conozco. Sí, están muy guapos. Qué pena que el tío muriese tan joven en aquel pozo. Me acuerdo mucho de él. Pero, ¿dónde está la tía Carmen? ¿Ha salido siendo de noche? El hombre se calla unos segundos. Suspira. Sí, Luisa, ha tenido que salir, que una vecina le va a dar huevos y verduras de su campo. Va a tardar, no te preocupes por ella. El tal Anselmo (porque, claro, no me trago yo eso de que sea mi primo, que no me la da con queso) me sienta en una silla junto a la mesa del salón. Me echa las faldas por encima. Encima de la mesa hay cartas. Se conoce que el hombre este estaba jugando cuando le avisaron de que fuera a buscarme. Al lado de las cartas dejo el ramo de amapolas para mi madre. Suena un teléfono, pero yo estoy afanada con los bordes de la falda de la mesa, que veo que tiene algunas puntas deshilachadas. Esto lo podría arreglar yo. Solo oigo que dice: sí, sí, está aquí, sentada conmigo.

Me pongo de pie. Quiero orinar, así que voy a salir al patio, que es donde tiene mi tía un retrete. ¡Qué bonito está el patio! Con las paredes blancas y muchas macetas a su alrededor. Luisa, pásate, que aquí no hay baño. Ahora está dentro de la casa. ¿Dentro? ¡Jesús! ¿¡Pero qué estará pasando aquí!?

Anselmo me enseña el resto de la casa. Está muy bonita, pero que con todo lo que digan, esta no debe ser la de mi tía Carmen. Porque la de mi tía estaba llena de camas por todas partes y ahora solo hay dos, una en la habitación principal y otra en el cuarto que Anselmo llama de invitados. Y que para cuando viene su hija, ¡a ver qué hija! Y en la casa de mi tía había una tercera planta, la cámara, donde guardaban aperos y grano. Que tenía una ventana muy chiquitita. Y en esta esa planta no existe. Y, ahora, ¿qué hago yo? Que estoy en una casa que aunque me da el aire familiar, no reconozco. Y aunque la voz sea la de mi primo, debe ser un señor que la tenga parecida. Mira, que yo me voy a mi casa, que digo yo que al menos me encontraré con alguno de mis hermanos. Anselmo, o como quiera que se llame usted, que ya lo dudo, creo que me voy para mi casa, ¿sabe? Que lo mismo alguno de mis hermanos se ha pasado por allí a buscarme. Que no, que no, Luisa, que tu madre me ha dicho que te quedaras aquí. ¡Por Dios!, pienso, ¡está este tío hasta sudando! Bueno, me quedo unos minutos más y, si no aparece nadie, me voy.

Bajamos las escaleras. Suena un timbre. ¡Ya están aquí! ¡Ya vienen a por mí! Cojo el ramo de amapolas. Verás qué cara va a poner mi madre cuando lo vea. Me dirá: ¡ay, mi niña, tan bonita como un sol! Corro a la entrada. Entra un chico joven primero. Detrás, una mujer más mayor que él. Miro a Anselmo. Esperaba a mis padres y mis hermanos, no a esta gente. La mujer se me acerca. Al verla, sé que la quiero. No sé explicarlo, pero cuando me da un abrazo me gusta. El chico también me abraza. A este lo quiero más todavía. Lo siento. Ahora que recuerdo, este muchacho se sienta conmigo y comemos juntos. Y por la noche me lee alguna historia o un libro. Todas las noches dice: como tú hacías cuando yo era pequeño, ¿a qué sí? Esos momentos con este muchacho me gustan. Escucharle leer me calma y él lo nota. ¡Ay, tío Anselmo! ¡Muchísimas gracias por salvarla!, dice la mujer. No

hay de qué. Una vecina la ha visto y me ha avisado corriendo. Nunca se había ido de casa, vuelve a decir la mujer. Hemos ido a comprar y, al volver, ya no estaba. Nos volvimos locos buscándola por toda la ciudad. Tendríamos que haber pensado en el pueblo, ella siempre está con que quiere irse a su pueblo. Que quiere estar en su casa. Que quiere ver a su madre. Cuando tiene los ratos buenos, que ojalá un día poder despedirse de su pueblo querido. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?, oigo que le pregunta Anselmo. Ha cogido el autobús. Algún resquicio de su mente se acordaba de cómo llegar a la estación y montarse en el autobús que hay al pueblo, como cuando venía a cuidar a su madre cuando le tocaba.

De algo me quiero acordar. Ahora tengo una ráfaga, como las del viento, y veo a mi madre muy mayor en nuestra casa. Me dura poco. La vuelvo a ver en mi cabeza joven, moviéndose ágil como un pájaro. Mamá, vámonos a casa, me dice la mujer. Sin saber por qué, sé que sí, que me tengo que ir con ella. El chico me da otro abrazo y me coge de los hombros. Sí, quiero estar con él y con esa mujer que me ha llamado mamá. Antes de irnos miro la casa de mi tía Carmen. Cojo el ramo de amapolas. Oye, le digo a la mujer, ¿antes de irnos podemos pasarnos por mi casa? Ella y el chico se miran. Sí, nos pasamos por allí y nos vamos, ¿vale?

Nos metemos en el coche. El chico se sienta atrás, junto a mí. Voy mirando las calles de mi pueblo. Ya no tiene tierra ni una. Y están muy iluminadas, llenas de farolas. La plaza. La iglesia. Donde había unos lavaderos, ahora veo un parque muy pequeño. Casas antiguas, muchas, otras nuevas, pocas. Me parece ver las caras de las familias que hay en las antiguas. Llegamos a mi casa. A lo lejos, los rayos de algunas tormentas. Esas que siempre acuden en esta época. ¿O eso ya lo había pensado? Bueno, da igual. Viene el aire frío. Huele a tierra mojada. Sé perfectamente que es la tierra de mi pueblo.

La mujer y el chico se quedan dos pasos por detrás de mí. Me doy un beso en los dedos y los pongo en la puerta. Me asomo por una de las ventanas rotas. Por el gran agujero que hay tiro el ramo de amapolas. Tome, madre, unas amapolas. Para que las ponga usted en su jarro.